

A portrait of Baruch Spinoza, a Dutch philosopher, mathematician, and scientist. He is depicted from the chest up, wearing a dark green coat with a white collar and dark buttons. He has long, dark, wavy hair and a serious expression. The background is a textured, light green color.

IRVIN D.  
YALOM

EL ENIGMA  
SPINOZA

# **Irvin D. Yalom**

## El enigma Spinoza

CAPÍTULO UNO

## Amsterdam

[abril de 1656]

Mientras los últimos rayos de luz rebotan en el agua del canal Zwanenburgwal, Amsterdam pone fin a sus actividades. Los tintoreros recogen sus telas de colores magenta y carmesí que están secándose sobre las riberas de piedra del canal. Los comerciantes enrollan sus toldos y cierran sus puestos en el mercado al aire libre. Algunos trabajadores que regresan a sus hogares con paso cansino se detienen a comer un bocado acompañado con ginebra holandesa en los puestos de arenques sobre el canal para luego seguir su camino. Amsterdam se mueve lentamente: la ciudad está de duelo, todavía recuperándose de la plaga que, apenas unos meses antes, había matado a una persona de cada nueve.

A unos metros del canal, en el número 4 de la Breestraat, el insolvente y ligeramente ebrio Rembrandt van Rijn aplica la última pincelada a su cuadro *Jacobo bendice a los hijos de José*, firma con su nombre en el rincón inferior derecho, arroja la paleta al suelo y se dirige a la estrecha escalera de caracol para bajar. La casa, destinada a convertirse tres siglos después en museo y monumento, es, aquel día, testigo de su vergüenza. Está llena de interesados por pujar en la próxima subasta de todas las pertenencias del artista. Aparta con brusquedad a los curiosos en la escalera y se dirige a la puerta principal, sale e inhala el aire salado para luego orientar sus pasos hacia la taberna de la esquina.

En Delft, setenta kilómetros al sur, otro artista comienza su ascenso. Johannes Vermeer, de veinticinco años, echa una última mirada a su nueva pintura, *La alcahueta*. La recorre con la mirada de

derecha a izquierda. Primero, la prostituta vestida con una chaqueta gloriosamente amarilla. Bien. Bien. El amarillo lanza destellos como la deslumbrante luz del sol. Luego, el grupo de hombres que la rodean. Excelente. Cualquiera de ellos podría con toda tranquilidad dar un paso para salir del lienzo y empezar una conversación. Se inclina acercándose para percibir la mínima y penetrante mirada del lascivo joven con exagerado sombrero. Vermeer hace un gesto con la cabeza en dirección de su retrato en miniatura. Sumamente complacido, pone su firma con un floreo en el rincón inferior derecho.

Mientras tanto en Amsterdam, en el número 57 de la Breestraat, a solo dos cuadras de los preparativos para la subasta en casa de Rembrandt, un comerciante de veintitrés años (nacido apenas unos días antes que Vermeer, a quien iba a admirar pero nunca iba a conocer) se prepara para cerrar su tienda de importación y exportación. Su aspecto es demasiado delicado y hermoso para ser un comerciante. Sus rasgos son perfectos, su piel olivácea impecable, sus ojos oscuros, grandes y conmovedores.

Echa una última mirada a su alrededor: muchos estantes están tan vacíos como sus bolsillos. Los piratas interceptaron su último cargamento desde Bahía, y no hay café, ni azúcar, ni cacao. Durante toda una generación, la familia Spinoza manejó un próspero negocio mayorista de importación y exportación, pero en ese momento los hermanos Spinoza —Gabriel y Bento— estaban reducidos a administrar una pequeña tienda de venta al por menor. Al inhalar el aire polvoriento, Bento Spinoza identifica, resignado, los fétidos excrementos de ratas que acompañan el olor de los higos secos, las pasas, el jengibre azucarado, las almendras y los garbanzos, junto con los vapores del acre vino español. Sale y comienza su lucha cotidiana con el candado oxidado en la puerta de la tienda. Una voz poco familiar que habla en portugués afectado, lo sobresalta.

—¿Es usted Bento Spinoza?

Spinoza se da vuelta para encontrarse cara a cara con dos desconocidos, hombres jóvenes, cansados, que parecían haber viajado desde lejos. Uno es alto, con una cabeza grande y fornida que cae hacia adelante como si fuera demasiado pesada para mantenerla erguida. Sus ropas son de buena calidad, pero sucias y arrugadas. El otro, vestido

con ropas harapientas de campesino, está detrás de su compañero. Tiene pelo largo, enmarañado, ojos oscuros, barbilla fuerte y nariz contundente. Se mantiene rígido. Solo sus ojos se mueven, moviéndose como renacuajos asustados.

Spinoza responde con una cautelosa inclinación de cabeza.

—Soy Jacob Mendoza —dice el más alto de los dos—. Tenemos que verlo, hablar con usted. Este es mi primo, Franco Benítez, a quien acabo de traer de Portugal. Mi primo —Jacob toma a Franco por el hombro— está en crisis.

—Sí —contesta Spinoza—. ¿Y?

—En una crisis grave.

—Ajá. ¿Y por qué me buscan a mí?

—Nos han dicho que usted puede ayudarnos. Tal vez el único que pueda hacerlo.

—¿Ayudarlos?

—Franco ha perdido su fe. Duda de todo. De todos los rituales religiosos. De la oración. Incluso de la presencia de Dios. Está asustado todo el tiempo. No duerme. Habla de matarse.

—¿Y quién los ha engañado enviándolos aquí? Soy solo un comerciante que maneja un pequeño negocio. Y no demasiado lucrativamente, como usted puede ver. —Spinoza señala con el dedo por la polvorienta ventana a través de la cual se pueden ver los estantes medio vacíos. —El rabino Mortera es nuestro líder espiritual. Deben acudir a él.

—Llegamos ayer, y esta mañana salimos a hacer eso exactamente. Pero nuestro dueño de casa, un primo distante, nos aconsejó que no lo hiciéramos. «Franco necesita alguien que lo ayude, no un juez», dijo. Nos explicó que el rabino Mortera era severo con los escépticos, que cree que todos los judíos de Portugal que se convirtieron al cristianismo enfrentan la condena eterna, incluso si fueron forzados a escoger entre la conversión y la muerte. «El rabino Mortera», dijo, «solo hará que Franco se sienta peor. Vayan a verlo a Bento Spinoza. Es un sabio en estos asuntos».

—¿De qué me hablan? Solo soy un comerciante...

—Él asegura que si usted no se hubiera visto obligado a ocuparse de los negocios debido a la muerte de su hermano mayor y a la de su padre, usted habría sido el siguiente gran rabino de Amsterdam.

—Debo irme. Tengo una reunión a la que no puedo faltar.

—¿Va usted al servicio del sabbat en la sinagoga? ¿Sí? Nosotros también. Llevo a Franco porque debe regresar a su fe. ¿Podemos caminar con usted?

—No. Voy a otra clase de reunión.

—¿De qué otra clase? —quiere saber Jacob, pero de inmediato se retracta—. Lo siento. No es asunto mío. ¿Podemos encontrarnos mañana? ¿Estaría usted dispuesto a ayudarnos en el sabbat? Está permitido, ya que se trata de una *mitzvah*, es una buena acción. Lo necesitamos. Mi primo está en peligro.

—Es extraño. —Spinoza sacude la cabeza. —Jamás me han pedido una cosa así. Lo siento, pero ustedes están equivocados. No puedo ofrecerles nada.

Franco, que había permanecido con su mirada fija en el suelo mientras Jacob hablaba, en ese momento levantó los ojos y pronunció sus primeras palabras:

—Lo que pido es muy poco, solo algunas palabras con usted. ¿Se niega a hacerlo con otro judío? Es su deber ante un viajero. Tuve que huir de Portugal tal como hicieron su padre y su familia para librarse de la Inquisición.

—Pero qué puedo yo...

—Mi padre fue quemado en la hoguera hace apenas un año. ¿Cuál fue su crimen? Encontraron unas páginas de la Torá enterradas en el terreno detrás de nuestra casa. El hermano de mi padre, el padre de Jacob, fue asesinado poco después. Tengo una pregunta. Piense en este mundo en el que un hijo huele el olor de la carne quemada de su padre. ¿Dónde está el Dios que creó esta clase de mundo? ¿Por qué permite Él tales cosas? ¿Usted me culpa por preguntar eso? —Franco mira profundamente a los ojos de Spinoza por unos momentos y luego continúa. —Seguramente un hombre llamado Bendito (*Bento* en portugués y *Baruch* en hebreo) no habrá de negarse a hablar conmigo, ¿no?

Spinoza asiente solemnemente con la cabeza.

—Hablaré con usted, Franco. ¿Mañana al mediodía?

—¿En la sinagoga? —inquiere Franco.

—No, aquí. Nos encontraremos aquí en la tienda. Estará abierta.

—¿La tienda? ¿Abierta? —interviene Jacob—. ¿Pero y el sabbat?

—Mi hermano menor, Gabriel, representa a la familia Spinoza en la sinagoga.

–Pero la sagrada Torá –insiste Jacob, haciendo caso omiso de Franco que tira de su manga– asegura que es el deseo de Dios que no trabajemos durante el sabbat, que debemos pasar ese día sagrado ofreciéndole oraciones a Él y realizando *mitzvah*.

Spinoza se vuelve y habla con suavidad, como un maestro a un joven estudiante.

–Dime, Jacob, ¿tú crees que Dios es todopoderoso?

Jacob asiente con la cabeza.

–¿Que Dios es perfecto? Completo en sí mismo.

Otra vez Jacob muestra estar de acuerdo.

–Entonces seguramente estarás de acuerdo en que, por definición, un ser perfecto y completo no tiene ninguna necesidad, ninguna insuficiencia, ninguna carencia, ningún deseo. ¿No es cierto?

Jacob piensa, vacila, y luego asiente con la cabeza cautelosamente. Spinoza advierte el comienzo de una sonrisa en los labios de Franco.

–Entonces –continúa Spinoza–, sostengo que Dios no tiene ningún deseo acerca de cómo lo glorificamos y ni siquiera si tenemos que hacerlo. Permíteme, entonces, Jacob, amar a Dios a mi manera.

Los ojos de Franco se abren muy grandes. Se vuelve hacia Jacob como diciéndole: «¿Lo ves, lo ves? Este es el hombre que busco».